

Entre Santiago y Belgrado. Redes, amistades y desencuentros entre la Yugoslavia de Tito y los socialistas chilenos en las décadas de 1950 y 1960

AGUSTÍN COSOVSKI

École française d'Athènes (Grecia)

Centre d'études turques, ottomanes, balkaniques et centrasiatiques (Francia)

JOAQUÍN FERNÁNDEZ

Universidad Finis Terrae (Chile)

MARCELO CASALS

Universidad Finis Terrae (Chile)

Resumen

Este artículo estudia las relaciones entre Yugoslavia y los socialistas chilenos en las décadas de 1950 y 1960. Mientras Yugoslavia necesitaba de nuevos aliados internacionales luego de la ruptura con la Unión Soviética, los socialistas chilenos requerían de nuevos referentes internacionales para afirmar sus líneas estratégicas internas. La afinidad ideológica estrechó e incrementó el nivel de relaciones políticas entre ambos, incluyendo viajes oficiales y publicaciones. Sin embargo, en los años 1960 estos vínculos empezaron a ser eclipsados por la Cuba socialista, crítica del enfoque yugoslavo percibido como moderado en materia de política extranjera y en la no-alineación. El socialismo chileno terminaría decantándose por esa retórica revolucionaria e insurreccional por sobre las ideas yugoslavas.

Palabras clave: socialismo chileno; Yugoslavia; Guerra Fría; Tercer Mundo; Cuba

Abstract

This article studies the relations between Yugoslavia and the Chilean socialists between the 1950s and 1960s. While Yugoslavia needed new international allies after breaking ties with the Soviet Union, the Chilean socialists were searching for new international referents to consolidate their internal strategic lines. The ideological affinity strengthened and increased the level of political relations between agents from both countries, including official trips and publications. However, in the 1960s, these ties began to be overshadowed by socialist Cuba, critical of the rather moderate Yugoslav approach to non-alignment and foreign policy. Chilean socialism would end up choosing that revolutionary and insurrectionary rhetoric over Yugoslav ideas.

Keywords: Chilean socialism; Yugoslavia; Cold War; Third World; Cuba

Introducción

En 1948 se produjeron dos acontecimientos independientes entre sí, los cuales estarían pronto vinculados por las oportunidades y los límites de la naciente Guerra Fría global. En Chile, el gobierno de Gabriel González Videla presentó al Congreso la llamada “Ley de Defensa Permanente de la Democracia”, que proscribía a su antiguo aliado, el Partido Comunista de Chile (PCCh), y borraba de los registros electorales a sus militantes. La aprobación de la ley generaría efectos políticos duraderos en buena parte del sistema de partidos. El Partido Socialista de Chile (PSCh), por ejemplo, se fraccionó en medio de duras disputas internas entre quienes aprobaban esa ley y quienes la rechazaban. Los segundos, la mayoría del partido, se organizaron en el Partido Socialista Popular (PSP), iniciando desde ahí un largo camino de elaboración ideológica y estratégica y de desarrollo de redes transnacionales que culminaría en la construcción de una amplia alianza de izquierda—la Unidad Popular—que llegaría al poder en 1970.¹

Al mismo tiempo, a miles de kilómetros de distancia, la Yugoslavia socialista y la Unión Soviética rompían relaciones a raíz de numerosas desavenencias en materia de política internacional, como resultado de, entre otras cosas, la autonomía defendida por Belgrado frente a las ansias de control y homogenización exhibidas por Stalin. Esa ruptura, aunque riesgosa para Yugoslavia, abrió también nuevas posibilidades para el país balcánico. A partir de entonces, los yugoslavos iniciarían una serie de reformas en su sistema económico y social, introducidas bajo el concepto de autogestión y justificadas con un conjunto de desarrollos innovadores en materia de teoría del socialismo, con el objetivo de promover diversas formas de democracia obrera y local en las fábricas, en las cooperativas y en las comunas.² Al mismo tiempo, Belgrado comenzaba a desarrollar una

política exterior independiente, que en un principio acercaría a los yugoslavos a los Estados Unidos y a Europa occidental, y que posteriormente los orientaría a tejer relaciones más fuertes con las naciones recientemente descolonizadas de Asia y África. Más tarde, a partir de mediados de la década de 1950 y en alianza con el Egipto de Nasser, la India de Nehru y la Indonesia de Sukarno, entre otros, Belgrado daría los primeros pasos hacia la construcción de un bloque de países neutrales, lo que conduciría en 1961 a la primera conferencia de lo que se convertiría con los años en el Movimiento de Países no Alineados.³

Con el objetivo de evitar el aislamiento y tejer nuevas alianzas más allá del mundo europeo, Belgrado también desplegó esfuerzos para desarrollar relaciones más estrechas con América Latina. Si bien hacia finales de los 1940 esos vínculos eran escasos—a pesar de ciertos lazos económicos anteriores y la presencia de una importante y antigua diáspora yugoslava en países del Cono Sur—,⁴ Belgrado impulsó la creación de nuevas embajadas y consulados en lugares estratégicos de la región como Buenos Aires y, luego, Santiago de Chile. Muy pronto les quedó claro a los yugoslavos que Chile ofrecía un potencial incomparable como punto de entrada en la región en virtud de sus tradiciones políticas y de las posibilidades de intercambio económico, pero especialmente por la existencia de un partido revolucionario de izquierda que les llamó poderosamente la atención y que se convertiría años más tarde en uno de los principales socios de Yugoslavia en América Latina: el Partido Socialista Popular.⁵

Este artículo describe y analiza los vaivenes de las relaciones entre yugoslavos y socialistas chilenos en las décadas de 1950 y 1960. A ese respecto, argumentamos que esas conexiones fueron significativas para los actores involucrados. Del lado de los chilenos, el referente yugoslavo les permitió contar con un aliado de probadas credenciales socialistas y antifascistas que, además, discrepaba del modelo soviético. De esa manera, el PSP—y, desde 1957, el Partido Socialista de Chile (PSCh) reunificado—pudo contar con potentes herramientas retóricas e ideológicas para hacer frente a los debates locales con el PCCh dentro del marco del lento proceso de construcción de una alianza entre la izquierda marxista chilena. Del lado de los yugoslavos, las relaciones con el PSP/PSCh representaron el contacto político más importante que tuvieron en América Latina, un continente que veían como tierra apta para la construcción de más lazos en su línea tercermundista y no-alineada. Ello explica la cantidad de viajes y contactos directos entre dirigentes socialistas chilenos y altos funcionarios del régimen yugoslavo, además de coberturas de prensa recíprocas y otras señales de amistad.

Sin embargo, la cercanía construida entre yugoslavos y chilenos no impediría un lento alejamiento hacia mediados de los años 1960 como producto del fuerte impacto que tuvo la Revolución cubana en la mayoría del socialismo chileno. El

llamado a las armas por la liberación continental y la construcción del socialismo propuesta por los cubanos resonó más fuertemente en las filas del PSCh que las tesis de no-alineamiento de Yugoslavia, posición que en la candente Guerra Fría latinoamericana de la segunda mitad de los años 1960 podía entenderse como una inaceptable neutralidad. No es de extrañar que, hacia al final de esa década, y ante una izquierda marxista chilena tanto pro-soviética (en el caso del PCCh) como pro-cubana (el PSCh y otros), los yugoslavos terminaran mostrando no pocas simpatías por algunos dirigentes demócratacristianos chilenos.

El estudio de las conexiones yugoslavo-chilenas en tiempos de Guerra Fría busca aportar a dos campos de estudio no siempre conectados entre sí. Por una parte, amplía lo que sabemos sobre la inserción internacional del socialismo chileno al considerar en específico el caso de las interacciones con la Yugoslavia de Tito. Si bien varios autores han notado la relevancia de estos contactos para la formación ideológica y los debates políticos del socialismo chileno,⁶ hasta ahora no teníamos una idea clara de las motivaciones de Belgrado para involucrarse con un partido tan geográficamente lejano como el socialismo chileno. Gracias al análisis de fuentes yugoslavas en conjunto con publicaciones y documentos vinculados al socialismo chileno—además de fuentes anexas provenientes de archivos cubanos y de la Internacional Socialista—podemos dar cuenta de las redes, amistades y desencuentros recíprocos que se desarrollaron entre esos actores a lo largo de dos décadas.

Por otro lado, este artículo se inserta en tendencias recientes de la historiografía sobre la Guerra Fría latinoamericana y global, las cuales enfatizan la agencia y relativa autonomía de actores locales, la importancia de la competencia ideológica en las periferias, las vinculaciones entre fuerzas políticas y sociales latinoamericanas y los proyectos globales del Tercer Mundo y el no-alineamiento y, sobre todo, el des-centramiento de las potencias—especialmente Estados Unidos—como factor explicativo último de los procesos políticos de la región.⁷ El caso de las conexiones entre Belgrado y los socialistas chilenos muestra las múltiples posibilidades que tuvieron las afinidades, conexiones y circulaciones políticas de Guerra Fría, especialmente en la no siempre bien estudiada década de 1950. También da cuenta de las limitaciones de esos vínculos cuando los contextos regionales cambiaron, sobre todo a raíz del impacto que el modelo cubano tendría en los años 1960 en las izquierdas no-comunistas latinoamericanas. Cuando la Guerra Fría latinoamericana adquirió un cariz cada vez más polarizado—algo especialmente evidente en el Chile de finales de los 1960 y principios de los 1970—el espacio para caminos alternativos a la bipolaridad regional se fue estrechando hasta desaparecer.

La Yugoslavia socialista y sus condiciones de recepción entre los socialistas chilenos

Las relaciones entre socialistas chilenos y yugoslavos comenzaron a construirse bajo condiciones políticas específicas. En 1950, motivados por la ruptura entre Belgrado y Moscú, Chile reanudó relaciones diplomáticas, luego de que González Videla las interrumpiera en 1947 en el marco de su viraje anticomunista.⁸ Esos acercamientos no sólo se dieron en el ámbito de la diplomacia interestatal, sino que se hicieron notar también en el ámbito cultural y de la sociedad civil. En efecto, los yugoslavos buscaron generar un impacto positivo en la opinión pública y crear lazos con diversos sectores influyentes en el acontecer sociopolítico chileno. Esto se notó, por ejemplo, a través de los medios de comunicación. En 1952 la destacada periodista chilena—y, por añadidura, descendiente de croatas—, Lenka Franulic, fue la primera latinoamericana en entrevistar al Mariscal Tito, dando a conocer tanto aspectos de su biografía, que reforzaban su ascendiente y popularidad en la opinión pública, como ciertas características del modelo socialista yugoslavo y su política exterior.⁹ Al mismo tiempo, un grupo de jóvenes chilenos de posiciones sociales influyentes viajaron a Yugoslavia. Varios de ellos se encontraban realizando estudios en París y fueron reclutados como “estudiantes-obreros”. Sus periplos se insertaron en un programa que “enganchaba” estudiantes en Europa para que conocieran la experiencia yugoslava, incluyendo tanto giras turísticas como “trabajo obrero”.¹⁰

Fue en este contexto que se produjo el acercamiento entre los socialistas chilenos y el régimen yugoslavo, en gran medida gracias a que las características distintivas del PSCh—fundado en 1933—se alinearon con la originalidad ideológica y las necesidades políticas de los yugoslavos. El PSCh, por una parte, estaba constituido por una diversidad de grupos ideológicos reunidos en torno a ideas revolucionarias, aunque críticas del comunismo y de la Unión Soviética. Ello le imprimió un característico eclecticismo ideológico gracias a la confluencia entre dirigentes y militantes que habían pertenecido a las filas del anarquismo, el trotskismo, el nacionalismo militar o el reformismo populista. Más allá de esta heterogeneidad, y a diferencia de otros partidos socialistas herederos de las tradiciones de la Segunda Internacional y vinculados a una cultura cosmopolita europeizante, los socialistas chilenos destacaron desde un comienzo su autonomía en el plano internacional, enarbolando un nacionalismo antiimperialista de claros tintes latinoamericanistas. La defensa de la autonomía fue un elemento funcional en sus fuertes disputas con el PCCh, al que criticaron desde un punto de vista nacional por su adhesión al modelo soviético y al estalinismo.¹¹

Desde esa matriz, por otra parte, los socialistas chilenos miraron con atención desde un comienzo diversas experiencias políticas internacionales, tomando de

ellas elementos de carácter modélico y buscando vincularse con ellas. Así, en la década de 1930, varios de sus dirigentes intelectuales establecieron contactos y adoptaron elementos de movimientos nacionalistas, populares y antiimperialistas latinoamericanos, como el *aprimismo* peruano o el *cardenismo* mexicano, de los cuales tomaron y adaptaron la simbología, conceptos doctrinarios y políticas reformistas, nacionalizadoras y educativas, entre otros aspectos.¹² Con todo, esas relaciones de admiración nunca llegaron a constituir modelos completamente hegemónicos, manteniéndose la tendencia al eclecticismo y a la coexistencia con debates sobre otros referentes.

Los años formativos del PSCh coincidieron con el desarrollo y los años de mayor despliegue del antifascismo y del impacto de la experiencia de la guerra civil española en Chile, los cuales dejaron fuertes marcas en la memoria y la cultura socialistas.¹³ Esa firme adhesión al antifascismo trajo consigo la intensificación de sus disputas con el PCCh durante el período de vigencia del pacto Nazi-Soviético, entre agosto de 1939 y julio de 1941. También fue un elemento central en la entrada del PSCh al Frente Popular en 1936 y su llegada al gobierno en 1938. En los años de la Segunda Guerra Mundial, el socialismo chileno colaboró con el centrista Partido Radical al participar en gabinetes ministeriales y en la administración pública, lo que los llevó a moderar sus aspiraciones revolucionarias, adherir a las políticas de desarrollo industrial sustitutivo de importaciones impulsadas por las nuevas administraciones, e incluso a mejorar sus relaciones con Estados Unidos, adoptando temporalmente una defensa del panamericanismo.¹⁴

A mediados de los años 1940, en medio de una profunda crisis electoral y de tensiones internas entre facciones, emergió con fuerza al interior del PSCh una evaluación negativa de la etapa “colaboracionista” con el centro político, especialmente en los sectores juveniles. Estas críticas decían relación con la burocratización de muchos de sus cuadros funcionarios y la consecuente renuncia del partido a impulsar una agenda verdaderamente transformadora, lo cual llevó a importantes escisiones de izquierda y de derecha.¹⁵ Más aún, como ya fue mencionado, la discusión de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia agudizó los problemas al interior de las filas del socialismo, generando nuevos fraccionamientos y el nacimiento del PSP que rápidamente empezó a buscar una identidad y perfil propios en medio de un sistema de partidos en crisis y fragmentado. Todo ello abrió las puertas para la breve participación del PSP en el proyecto populista *ibañista*, desde su elección en 1952 hasta octubre de 1953, en la esperanza frustrada de imprimirle una dirección ideológica antiimperialista y antioligárquica.¹⁶

El conjunto de todas esas experiencias marcaría un creciente rechazo entre los socialistas hacia la colaboración con los partidos de centro y el reforzamiento

to de sus aspiraciones identitarias clasistas. Estas quedarían refrendadas en la línea estratégica del “Frente de Trabajadores”, adoptada por el PSP en 1955 y ratificada por el Congreso de Unidad del PSCh en 1957, que declaró “agotadas las alianzas con los ‘partidos burgueses’”, sosteniendo que la burguesía era incapaz de generar reformas democráticas. Por lo mismo, los socialistas sostuvieron que no existían dos “etapas” en la revolución, como planteaban los comunistas al demarcar una democrático-burguesa y otra socialista, sino que la revolución era un “proceso ininterrumpido, liderado desde un comienzo por la clase trabajadora”.¹⁷ En la práctica, esto significaba que los socialistas pasarían a promover alianzas políticas de partidos “obreros”, rechazando toda colaboración con el centro político socialdemócrata o socialcristiano.¹⁸

En ese marco, la búsqueda de alianzas transnacionales y de referentes inspiradores para los socialistas chilenos se transformaron en necesidades imperiosas. No sólo la falta de unidad ideológica y los avatares de la política contingente habían fraccionado al partido, sino que hacia los años 1950 los movimientos afines latinoamericanos parecían no ofrecer un camino seguro en la búsqueda de una identidad partidaria propia, especialmente en relación a los comunistas chilenos. Fue en ese contexto que se construyeron los primeros vínculos con Yugoslavia, cuya dirigencia política también estaba en un proceso de búsqueda de nuevos aliados en América Latina.

Afinidades electivas: el régimen comunista yugoslavo y los socialistas chilenos durante los años 1950

La admiración pública de los socialistas chilenos por la experiencia socialista yugoslava puede rastrearse hacia inicios de la década de 1950, cuando empezaron a multiplicarse expresiones de simpatía en la prensa socialista ante la oposición de Belgrado a la hegemonía soviética. *La Calle*, el periódico socialista dirigido por Óscar Weiss, por ejemplo, consideró a la experiencia socialista yugoslava como una “rebelión tras la cortina de hierro” y caracterizó a Tito como “el primer rebelde”. La postura yugoslava, según el mismo periódico, era un signo de la “crisis” que estaría “viviendo el comunismo de Europa Oriental” y habría roto “el sistema de jerarquía montado por Moscú”, enarbolando “la igualdad de derechos y deberes entre los estados grandes y pequeños de la órbita soviética”.¹⁹

Dichas percepciones motivaron los primeros contactos. Las fuentes disponibles sugieren que la relación comenzó por la acción de los chilenos, quienes se acercaron a la misión consular yugoslava en Santiago en 1951 para expresar su interés por ese modelo. La reacción de los yugoslavos fue de gran entusiasmo: viendo a Chile como una puerta de entrada a un continente que hasta entonces

les resultaba de difícil acceso, los funcionarios diplomáticos en Santiago sugirieron a Belgrado que debería aprovecharse la ocasión para enviar una misión oficial a la región y que lo ideal sería canalizar esta iniciativa a través de la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador de Yugoslavia (SSRNJ), la organización heredera del Frente Popular yugoslavo que agrupaba a la mayoría de las organizaciones sociopolíticas del país.²⁰ Desde ese momento, las relaciones se desarrollaron con velocidad, vinculando ambos lados del Atlántico, tanto a través de viajes como de la circulación de textos.

Vale la pena señalar que estos primeros contactos no eran del todo excepcionales, sino que formaban parte de una tendencia más amplia por parte de Yugoslavia a alentar el diálogo con la izquierda antisoviética no solo en América latina, sino también en Europa. La ruptura con Moscú y la introducción de la autogestión socialista a fines de los años 1940 impactaron positivamente en la imagen que los partidos socialistas de Europa occidental tenían del régimen yugoslavo. A principios de los años 1950, Belgrado estableció vínculos con el Partido Laborista Británico y con la Section française de l'Internationale ouvrierie a través de la SSRNJ. Sucesivas delegaciones de socialistas franceses y británicos visitaron el país en años posteriores, dando lugar a, entre otras cosas, testimonios como el libro *Yougoslavie, terre d'expérience*, del francés Jules Moch. Contrariamente al caso chileno, sin embargo, estos vínculos serían más bien efímeros, agotándose al cabo de unos pocos años a raíz de las divergencias entre el atlantismo de los socialistas occidentales y la no alineación de los yugoslavos, así como la decepción de los primeros ante los déficits democráticos de Belgrado.²¹

En Chile, los representantes diplomáticos yugoslavos empezaron por cultivar relaciones personales con los socialistas y a facilitarles material escrito sobre su experiencia, la que encontró cada vez más espacios en las publicaciones del PSP. Lazar Lilić, enviado plenipotenciario de la República Popular y Federativa de Yugoslavia en Chile, por ejemplo, publicó en las páginas del periódico *La Calle* artículos en los que explicaba y defendía la experiencia yugoslava, resaltando su independencia respecto a la Unión Soviética.²² Lo propio comenzaron a hacer autoridades del socialismo chileno. El historiador Julio César Jobet, uno de los principales intelectuales socialistas del período, sostuvo en *La Calle* que:

A pesar de obstáculos colosales provenientes de los factores internos del país y de las tremendas amenazas del capitalismo imperialista, del Vaticano y del comunismo soviético, Yugoslavia ha sido capaz de desenvolver en la práctica, formas, tendencias y fuerzas socialistas que abren nuevos comienzos de desarrollo de una importancia internacional. Sus dirigentes han sabido vencer

y eliminar las mismas tendencias hacia el capitalismo de Estado y el burocratismo que se impusieron en la URSS, originando su régimen totalitario. En medio de dificultades enormes están logrando afirmar las tendencias y formas hacia un sistema de democracia socialista.²³

Raúl Ampuero, otro destacado dirigente del PSP, se convirtió en uno de los principales defensores de la experiencia yugoslava en el período, encontrando lugar incluso en la prensa yugoslava. Una entrevista realizada a Ampuero en 1953 por Jože Smole, entonces de gira por América Latina, daba cuenta del interés mutuo entre Belgrado y el PSP. Entre otras cosas, Ampuero afirmó que los socialistas populares veían en Yugoslavia una vuelta a las fuentes originales del marxismo, dado que ese modelo ponía a prueba las posibilidades de la democracia obrera en el período de transición del capitalismo al comunismo, en contraste con la política militarista y expansionista de la Unión Soviética.²⁴

En 1954, en el marco de una misión diplomática por toda la región latinoamericana, Jakov Blažević, alto cuadro del régimen yugoslavo en Croacia, visitó Chile y tuvo ocasión de conocer a los líderes del PSP. Según Waiss en sus memorias, los chilenos fueron invitados a una cena en la legación yugoslava y tuvieron la oportunidad de entablar una larguísima conversación con Blažević que los dejó impresionados por la cantidad de coincidencias ideológicas.²⁵ Esas similitudes fueron constatadas y explicitadas por los medios socialistas chilenos que informaron sobre el encuentro. En una entrevista publicada en la revista juvenil socialista *Nuevos Rumbos*, Blažević resaltó el carácter expoliador que habría tenido la burguesía nacional yugoslava en el período antebélico, a la vez que el rol de vanguardia que adquirieron los comunistas de Tito durante la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, Blažević manifestó duras críticas al modelo soviético, señalando “el carácter del capitalismo estatal de Rusia, la omnipotencia y agresividad de su régimen de oligarquías burocráticas que viene camuflado tras frases y bambalinas de socialismo”.²⁶ Como puede observarse, la experiencia yugoslava aportaba elementos que reforzaban los supuestos analíticos en que se fundaba la línea estratégica de Frente de Trabajadores, a la vez que resaltaban valores caros para los socialistas chilenos, como la autonomía nacional del socialismo y sus críticas a la burocratización de los procesos revolucionarios.

La jerarquía de los funcionarios yugoslavos involucrados en estos contactos fue incrementándose. Ese mismo año, Veljko Vlahović, presidente de la SSRNJ y responsable del desarrollo de relaciones con movimientos progresistas en el extranjero, viajó a Chile con el objetivo de profundizar las relaciones con el PSP. Antiguo combatiente de la guerra civil española—lo que siempre repre-

sentaba una credencial de prestigio en la izquierda chilena—y de personalidad particularmente afable, Vlahović dejó una profunda huella entre los chilenos. Entre sus actividades, dictó la conferencia “Bases económicas de la democracia socialista de Yugoslavia” con planteamientos claramente similares y afines a las tesis y aspiraciones que enarbolaban los socialistas chilenos, como la defensa de la autonomía nacional en el camino al socialismo y la crítica a las rigideces atribuidas al “etapismo” del marxismo leninismo soviético. En este sentido, Vlahović señaló que:

Nosotros, hemos destacado siempre y abiertamente que nuestra evolución no marcha en el sentido de las formas democrático-burguesas, sino que nosotros construimos a través de un proceso paralelo las nuevas formas, liquidamos el atraso, construimos la plataforma socialista del desarrollo social, y sobre esta base se desarrolla la preparación democrática de las masas y nacen las formas de la Democracia Socialista.²⁷

El entusiasmo era recíproco: Vlahović quedó impresionado por la disciplina del PSP y por la justeza ideológica de los socialistas, a quienes calificó como “la fuerza más interesante de América Latina” gracias a que “sus ideas son idénticas a las nuestras”.²⁸ El viaje de Vlahović fue, por todo ello, un momento clave en las relaciones entre los socialistas y el régimen yugoslavo, que veía en el PSP no solo un aliado ideal sino una puerta de entrada a todo el continente latinoamericano.

Esta estrategia no era privativa de los yugoslavos, sino que también era compartida por el renaciente movimiento socialdemócrata europeo de posguerra, y reflejaba una competencia entre ambos modelos por influir en los partidos socialistas latinoamericanos, para lo cual los acercamientos al socialismo chileno tenían un rol fundamental. Desde inicios de la década de 1950 el austríaco Julius Braunthal, Secretario General de la recientemente reorganizada Internacional Socialista (IS) buscó entablar vinculaciones con partidos similares en el continente americano.²⁹ De hecho, en 1955 se creó el Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista. El Bureau, o instancia ejecutiva de dicha organización, promovió la vinculación de los partidos socialistas del Cono Sur, privilegiando a los partidos de auto-adscripción socialista sobre aquellos más laxamente llamados populares.³⁰ La sede del Secretariado se estableció en Montevideo, participando socialistas argentinos y uruguayos. Sin embargo, para la IS era fundamental la incorporación del PSP, dado su tamaño, importancia y su postura antisoviética. Esta última situación los volvía preferibles al Partido Socialista de Chile de Salvador Allende, sobre el que recaían sospechas de posturas pro-

soviéticas por su cercanía con el Partido Comunista. Si bien los socialistas populares manifestaron su reticencia a entrar al Secretariado, por su rechazo a la identificación con la socialdemocracia y su defensa de la autonomía nacional del socialismo, sí se integraron a su Comité Consultivo. Esta instancia había sido ideada por el Bureau como el “corazón de su estrategia de expansión”.³¹

La importancia atribuida al PSP por parte de la IS es entendible en virtud de que el socialismo chileno ejercía una importante atracción en otros partidos socialistas latinoamericanos, sobre todo en su par uruguayo. Como ha sostenido Jimena Alonso, los contactos entre la militancia socialista chilena y uruguaya en dicho período fueron “profundos y sistemáticos”.³² Por lo demás, durante el período ambos partidos vivieron procesos de radicalización concomitantes. En este marco, algunos elementos del socialismo chileno adquirieron un carácter modélico para su símil uruguayo, en aspectos tan relevantes como la línea estratégica del Frente de Trabajadores.³³

Por su parte, para los socialistas chilenos el apoyo yugoslavo era central para legitimar la política del Frente de Trabajadores a través de un modelo internacional ejemplar y, además, cargado de épica antifascista, algo especialmente útil en las recurrentes polémicas públicas con el PCCh. Todo ello hizo que las relaciones se estrecharan cada vez más. Al año siguiente de la visita de Vlahović, en 1955, una pequeña delegación socialista compuesta por Óscar Waiss y el senador Aniceto Rodríguez viajó a Yugoslavia. Los huéspedes tuvieron la ocasión de recorrer todo el país durante un mes, visitando grandes ciudades como Belgrado, Zagreb, Ljubljana, Rijeka y Sarajevo, pero también pequeños pueblos como Lazaropolje en Macedonia y Zreče en Eslovenia. La experiencia de los chilenos quedó registrada en el libro de Waiss, *Amanecer en Belgrado*, publicado en 1956 por Prensa Latinoamericana (PLA), la editorial del PSP. Este sigue siendo hasta hoy uno de los testimonios más detallados del modelo socialista yugoslavo escrito en español y para audiencias hispanohablantes.³⁴

En su libro, Waiss escribe con lujo de detalles su periplo, retratando minuciosamente el paisaje natural, social y cultural yugoslavo, y también el funcionamiento de esa particular experiencia socialista en las esferas de la economía, la salud, la educación, y la creación artística y cultural. También consignó numerosas anécdotas y episodios de sus encuentros con los yugoslavos, incluyendo al mismo Tito, además de sus aventuras en las callejuelas, en los museos, en las grandes fábricas y en las cooperativas campesinas del país balcánico. *Amanecer en Belgrado* es un testimonio de la fascinación que ejerció Yugoslavia sobre los chilenos, impresionados no solamente por el nivel de desarrollo económico y social del país, sino también por su fervor militante, su orgullo nacional, y su temperamento abierto y afable. En esa línea, Waiss describió a los yugoslavos como héroes, subrayando una y otra vez su sacrificio en España y su lucha contra

el ocupante fascista en suelo propio. Además, destacó la fraternidad que los yugoslavos forjaron en la guerra contra el invasor extranjero, celebró su coraje y presentó a Tito y al modelo yugoslavo como un ejemplo de socialismo más humano, más abierto y más democrático que el de Moscú. Pero el entusiasmo de Weiss no era solamente intelectual. Para él, Yugoslavia constituía una verdadera inspiración para la lucha de los socialistas en Chile y en América Latina. “Los yugoslavos han creado empresas que actúan libremente y que siguen, sin embargo, bajo el dominio de la colectividad”, afirmó. Según el viajero chileno, estas empresas “generan relaciones sociales que son el fundamento necesario de un régimen político en que las presiones de clase desaparecen, porque todos están vinculados al mismo interés común”.³⁵ Y concluía:

No se trata de una fórmula intermedia entre la democracia burguesa y la dictadura proletaria, sino, por el contrario, de la forma más alta de la dictadura proletaria, o sea, de la dictadura de las grandes mayorías, ejercida por ellas mismas, sin intermediarios ni administradores.³⁶

Esas percepciones positivas de los socialistas chilenos no eran de sorprender: en un país mayoritariamente agrario y desigual, primero dependiente de Europa occidental y luego sometido a las presiones de Moscú, los éxitos del régimen comunista yugoslavo en materia de industrialización, urbanización y educación resultaban notables.³⁷ Asimismo, el sistema de autogestión, en gran medida dirigido por el Estado, pero descentralizado en seis repúblicas y sometido a un control ideológico menos estricto que el que existía en los países del bloque del Este, fue percibido por los chilenos como una alternativa democrática al socialismo soviético y como más apropiado para las realidades del continente latinoamericano. Todo ello hizo que la retórica yugoslava fuese asumida como propia por parte de los chilenos. Como prueban las transcripciones de las conversaciones que los viajeros tuvieron con altos mandos la Liga de los Comunistas de Yugoslavia encargados de recibirlos, el régimen propuso a los visitantes un discurso bien articulado y muy persuasivo sobre su historia, sus sacrificios y sus triunfos, nociones que por momentos Weiss parece haber asimilado directa- e incluso acriticamente.³⁸

Los planteamientos de la política exterior yugoslava sirvieron a los socialistas para respaldar sus posturas con un ejemplo internacional concreto de defensa de la autonomía nacional del socialismo ante la experiencia soviética. Esta situación fue especialmente notoria tras la invasión soviética a Hungría en 1956. Al rechazar esta acción, los socialistas chilenos recurrieron a los dichos de dirigentes yugoslavos, en especial a los de Edvard Kardelj.³⁹ Por otra parte,

durante la década de 1950, los socialistas chilenos habían visto con profundas simpatías la política de Yugoslavia de acercamiento hacia países recién descolonizados que intentaban desarrollar una política autónoma en el marco de la competencia de bloques internacionales, algo que calzaba perfectamente con la identidad latinoamericanista y anticolonial del socialismo chileno.⁴⁰

En términos más teóricos, la experiencia yugoslava permitió a dirigentes e intelectuales socialistas chilenos contar con un modelo capaz de darle “sentido nacional al socialismo”, a la vez que mantener la adhesión a la épica antifascista.⁴¹ El modelo yugoslavo, en ese sentido, los habilitaba para resolver un importante dilema en el pensamiento socialista del período, como era el de hacer efectiva la relación entre democracia y socialismo sin adherir a la democracia liberal ni a corrientes de carácter socialdemócrata. El caso yugoslavo podía asimilarse al ideal que enarbolaban en ese entonces de “democracia de trabajadores.”⁴² Por ello, no era casualidad que *La Calle* reprodujera un discurso de Vladimir Dedijer, miembro de la Asamblea Nacional de Yugoslavia y secretario de su Comité de Asuntos Extranjeros, en el que planteaba “¿Por qué fracasó la Rusia soviética en la conquista del socialismo? Los líderes soviéticos fracasaron, precisamente, en el problema de la democracia socialista.”⁴³

Estas posturas pueden verse reflejadas en los planteamientos de Raúl Ampuero, quizás la principal figura del socialismo chileno hasta mediados de los 1960, quien durante el período ocupó la Secretaría General del partido y se convirtió en un firme promotor de las ideas yugoslavas. Tras asistir al congreso de la Internacional Socialista que tuvo lugar en Viena en julio de 1957, Ampuero realizó una gira por Yugoslavia. Tras el viaje, dictó una charla en la Casa Central de la Universidad de Chile, donde planteó que en Yugoslavia “el socialismo no sacrifica la libertad de hoy por la de mañana”, esto pues “habría sabido vencer el monopolio y la dictadura del Partido por encima de la clase, ya ha derrotado la burocratización como hiperdesarrollo del Estado”.⁴⁴ Estas opiniones también las manifestó en privado, en conversaciones con los representantes de los socialistas españoles exiliados en Chile, a los que habría planteado que “Yugoslavia [...] es lo que considera su punto de vista socialista.”⁴⁵ De hecho, para desilusión de sus amigos del PSOE, no manifestó mayor interés por el Congreso de la Internacional Socialista y la labor de los partidos socialdemócratas europeos, y, por el contrario “de su recorrido por Europa lo que dice haberle impresionado más fue profundamente fue Yugoslavia”, en donde según él, “se están llevando a cabo transformaciones de verdadero sentido socialista.”⁴⁶

Ampuero y Waiss no fueron los únicos difusores de la experiencia yugoslava. Belgrado también invitó a cuadros socialistas de las juventudes a recorrer el país. Fue el caso de, entre otros, Hernán del Canto—futuro ministro del Interior de Salvador Allende—quien viajó a mediados de 1961 para conocer las

experiencias de autogestión obrera. El viaje, según relata en sus memorias, le hizo ver la fortaleza de la construcción socialista yugoslava y el extraordinario nivel de compromiso popular con la producción industrial y la organización social. Además, en Zagreb, del Canto se encontró con otros “compañeros” socialistas chilenos que estudiaban medicina gracias a generosas becas del régimen yugoslavo. A su vuelta, del Canto publicó artículos elogiosos del modelo industrial de Yugoslavia e instó a sus camaradas a prestar atención detallada a esas experiencias, hasta el punto de ser calificado en tono de broma por sus camaradas como un acérrimo “yugoslavista.”⁴⁷

Motivados por los testimonios de viajeros y otros intercambios, buena parte del aparato cultural del socialismo chileno se abocó también a la tarea de difusión del modelo yugoslavo. Muchos realizaron importantes esfuerzos por difundir el modelo yugoslavo a pesar de las distancias culturales y, sobre todo, el desconocimiento de los idiomas del país. Para sortear esas dificultades se realizaron traducciones indirectas al castellano de textos yugoslavos que previamente habían sido llevados al francés. Ejemplo de esto fue la labor de Armando Jobet, hermano del historiador Julio César Jobet, quien tradujo del francés el *Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia* para ponerlo en conocimiento de la militancia socialista. Julio César Jobet sostenía que dicho texto “despertará discusiones y servirá al esclarecimiento de muchos puntos de doctrina y práctica socialistas.”⁴⁸ De un modo similar, el militante socialista e historiador del movimiento obrero Jorge Barría Serón tradujo y publicó en la revista *Nuevos Rumbos* el artículo “La Yugoslavia de hoy día” tomada de la revista *Questions Actuelles du Socialisme*, publicación yugoslava internacional de divulgación ideológica editada en lengua francesa desde 1951.⁴⁹

Prensa Latinoamericana, la editorial del partido creada en el año 1954, tuvo un rol clave en la difusión de textos de autores yugoslavos o de chilenos referidos a dicha experiencia. En 1955, por ejemplo, publicó en su colección “Doctrinas sociales” el libro de Edvard Kardelj, *La Democracia Socialista en la práctica yugoslava*, el que además fue reseñado por Julio César Jobet.⁵⁰ En 1956, PLA editó *Amanecer en Belgrado* de Óscar Waiss y en 1961 publicó un nuevo libro de Kardelj, *El Socialismo y la guerra*. Fuera de sus colecciones, las prensas de PLA también imprimieron catálogos de exposiciones de arte yugoslavo y sus canales de distribución sirvieron para difundir libros de otras editoriales sobre la experiencia yugoslava, como el del jurista Jovan Djordjević, *Yugoslavia, democracia socialista*.⁵¹

En suma, el despuntar de Yugoslavia como un modelo alternativo al soviético provocó la admiración de los socialistas chilenos, quienes no dudaron en contactar a los representantes diplomáticos yugoslavos en Santiago. De allí se iniciaría una rápida dinámica de colaboración que incluiría viajes de dirigentes

e intelectuales en una y otra dirección, expresiones de cordialidad y amistad en virtud de las importantes afinidades ideológicas, y difusión al interior de Chile de las particularidades del modelo yugoslavo. Esa situación, sin embargo, cambiaría en los años 1960, sobre todo a partir de la irrupción de Cuba como un nuevo y potente modelo revolucionario.

Tensiones y desencuentros: Santiago, Belgrado y La Habana

Hacia fines de los años 1950, los diálogos y visitas entre yugoslavos y chilenos eran constantes y amistosos. Del lado chileno, dirigentes como Raúl Ampuero, Salomón Corbalán y Clodomiro Almeyda visitaron Yugoslavia en varias ocasiones en pocos años.⁵² Por su parte, los yugoslavos incluyeron a Chile en todas y cada una de sus giras por América Latina. Los jóvenes dirigentes de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia Stane Davčić y Stane Južnić visitaron Chile, recorriendo el centro y el sur del país a inicios de 1959, dando a conocer la experiencia yugoslava, respondiendo a las preguntas de la militancia socialista local y polemizando con sectores prosoviéticos de la opinión pública. Estas actividades fueron resaltadas en un artículo para la prensa oficial escrito por Veljko Vlahović, quien pasó revista al progreso que los comunistas yugoslavos habían hecho en el continente latinoamericano en años recientes, destacando “los contactos de larga data con el Partido Socialista de Chile” en tanto punto clave en la estrategia yugoslava en la región.⁵³ En esas giras participaron también altos funcionarios como Vladimir Popović y Svetozar Vukmanović “Tempo” en 1959, y también Ašer Deleon, Secretario del Consejo Central de Confederación de Sindicatos de Yugoslavia, quien realizó acercamientos y entabló lazos con organizaciones obreras chilenas. Deleon y Tempo, además, asistieron al Congreso de Valparaíso del Partido Socialista de Chile en 1959, como parte de una delegación fraternal que había sido invitada especialmente.⁵⁴

No cabe duda de que el punto culmine de estos contactos y viajes fue la visita del propio Mariscal Tito a Chile en 1963. En dicha ocasión recibió el Doctorado *Honoris Causa* en la Universidad de Chile, que en este entonces se encontraba bajo el rectorado del intelectual socialista Eugenio González. En su intervención, González, junto con resaltar la épica de la lucha contra la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial y el haber sentado las bases de la recuperación económica durante la postguerra, enfatizó la capacidad del régimen yugoslavo para desarrollar una “democracia creadora” y participativa, a través de “los municipios, los sindicatos y otras organizaciones intermedias de individuos”.⁵⁵

Sin embargo, algunos puntos de tensión empezaron a aparecer desde fines de la década anterior. En febrero de 1959, Salomón Corbalán transmitió a la legación yugoslava en Santiago un pedido de préstamo de 50.000 dólares para financiar gastos de campaña. Los registros yugoslavos mencionan este pedido en un documento muy breve, en el que se indica que el pedido fue rechazado con el argumento de que “nosotros no practicamos esas cosas porque son contrarias a lo principios de la SSRNJ”.⁵⁶ La falta de algunos elementos impide avanzar en el análisis de esta decisión. Sin embargo, la negativa puede interpretarse como manifestación de una política moderada y pragmática que apuntaba a no generar sospechas significativas de intervención directa en la política chilena. Los yugoslavos probablemente no estaban dispuestos a correr los mismos riesgos que otros actores de la izquierda global, como Moscú o Beijing, menos reticentes a financiar acciones políticas en el extranjero.

Con todo, fueron los cambios en el contexto político global y latinoamericano los que pusieron en evidencia los límites de la amistad entre yugoslavos y socialistas chilenos. En ese sentido, los yugoslavos no tardaron en percibir el impacto de la Revolución cubana en las fuerzas de izquierda del continente y la creciente influencia de la figura de Fidel Castro en la política regional. Belgrado ya se había percatado del peso creciente de Cuba en las discusiones de la izquierda regional durante una gira en 1959. La causa de estos conflictos radicaba en una incompatibilidad de base entre dos estrategias diametralmente opuestas para América Latina y para las izquierdas tercermundistas: si Yugoslavia pretendía acercar a las izquierdas del continente a una política no alineada reformista y moderada, Cuba percibía en cambio la necesidad de imprimir un sello radical a su política regional en base a su propio modelo revolucionario insurreccional y como respuesta tanto al apoyo de Moscú y a la creciente oposición de Washington.⁵⁷

Las fuentes yugoslavas sugieren que esto condujo a una creciente desconfianza en las relaciones bilaterales con La Habana. El embajador yugoslavo en Cuba, Zvonko Grahek, dio cuenta de este ambiente al citar declaraciones como la del periodista Carlos Franqui, quien afirmó por entonces que los cubanos no tenían nada contra Yugoslavia, pero que entendían que Tito y Nasser promovían el neutralismo en América Latina y eso era inaceptable para la Cuba revolucionaria, que necesitaba oponerse al imperialismo norteamericano para poder sobrevivir.⁵⁸ Estas diferencias también se hacían sentir al interior de los diversos partidos socialistas del continente. En 1961 un grupo de dirigentes del Partido Socialista uruguayo visitó a Ernesto “Che” Guevara durante la conferencia del Punta del Este. En sus conversaciones Guevara “dejó traslucir que el gobierno cubano no mira con mucha simpatía a los yugoslavos porque cuando le pidieron armas estos no accedieron a enviárselas, para no disgustarse con los EEUU”.⁵⁹

Las críticas no sólo apuntaron a asuntos de política exterior, sino que también a la organización interna del proceso socialista. Guevara, a la sazón ministro de Industria de Cuba, “se manifestó contrario a los grupos obreros de co-gestión administrativa de las fábricas”, señalando que “no adoptará el sistema yugoeslavo [sic]. En este aspecto dijo que él era más bien estalinista”.⁶⁰

En el caso de los socialistas chilenos, la admiración por Yugoslavia comenzó a convivir con una creciente simpatía por el naciente modelo cubano. Esto se notó en la retórica de los dirigentes socialistas y en las propias publicaciones partidistas, como *Arauco*, revista oficial del partido desde 1959, en la que se podían encontrar artículos y notas sobre Cuba y Yugoslavia en un mismo número. Aún así, esa convivencia no sería duradera, sobre todo gracias a la atracción que generaba el modelo cubano. Los chilenos participaron como observadores de la Conferencia de Países No Alineados que se celebró en Belgrado en 1961, con la presencia del senador independiente (aunque cercano al PSCh) Rafael Tarud.⁶¹ Sin embargo, el rol predominante de Cuba en dicha reunión en tanto único miembro pleno de América Latina y con posiciones crecientemente radicalizadas, que parecían representar mejor los dilemas del continente que la moderación internacional de los yugoslavos, tendría el efecto concreto de imponer límites a la estrategia de Belgrado en la región. Los yugoslavos comenzarían a percibir en los tempranos años 1960 que, al igual que los cubanos, los socialistas latinoamericanos veían el no-alineamiento como una posición difícilmente practicable en una región que enfrentaba fuertes presiones norteamericanas.⁶²

Los reacomodos de la izquierda chilena, y en particular la alianza de socialistas y comunistas en el Frente de Acción Popular (FRAP) desde fines de los años 1950, tuvieron también un impacto en la amistad que unía a chilenos con el régimen de Belgrado. En ciertas ocasiones, la relación de los socialistas con Yugoslavia podía ser una herramienta en la discusión contra los comunistas en los debates internos a la coalición, y las divergencias en los alineamientos internacionales podía operar como traducción de divergencias en la interpretación de la política local.⁶³ Las fuentes yugoslavas sugieren que, en otras ocasiones, las relaciones con Belgrado podían ser supeditadas a las necesidades estratégicas de la política local. Un informe yugoslavo de 1961 sobre el socialismo chileno distinguía las distintas corrientes existentes en el PSCh y, aunque afirmaba que todos los socialistas mantenían una posición de amistad y simpatía hacia Yugoslavia, identificaba ciertos problemas en la relación con Salvador Allende y Salomón Corbalán.⁶⁴ En efecto, las posturas más condescendientes hacia la Unión Soviética que se atribuían a los sectores cercanos a Allende habrían generado sospechas entre los yugoslavos. Según observadores latinoamericanos de la Internacional Socialista, la cercanía de Allende con el PCCh habría incidido en que las definiciones de política internacional ratificadas en los congresos a

inicios de la década de 1960 no hubiesen sido lo suficientemente cercanas a Yugoslavia.⁶⁵ Esto habría sido percibido también por Tempo y Deleon en el congreso de Valparaíso en 1961, quienes no habrían quedado “muy conformes con la resolución política internacional”, pues esta habría sido “una transacción entre los sectores del Congreso”.⁶⁶ En este sentido, la relación de Allende con Belgrado parece haber sido, si bien no conflictiva, al menos notablemente menos fluida que la de Ampuero o Waiss. No es de extrañar que, como revelan fuentes yugoslavas, el senador y candidato presidencial haya postergado su visita a Yugoslavia numerosas veces, a pesar de la insistencia de Belgrado.⁶⁷

Allende no era la única fuente de tensiones. Salomón Corbalán había visitado Yugoslavia en 1958 para asistir al VII Congreso de la Liga de los Comunistas en Liubliana. Los documentos de esa visita retratan a un Corbalán entusiasmado, viajando por todo el país y dando entrevistas elogiosas sobre el modelo yugoslavo.⁶⁸ En los años 1960, Corbalán había pasado de ser Secretario General del PSCh a Secretario de Relaciones Internacionales, el puesto otrora ocupado por Óscar Waiss. A partir de entonces, algunos funcionarios yugoslavos expresaron en varias ocasiones preocupación por el desarrollo de las relaciones con él. Por caso, un informe de una discusión de diciembre de 1962 que reunía a cuadros de la política yugoslava en Chile como Mika Špiljak y Ljuba Faust enumeraba una serie de conflictos recientes con los socialistas, en particular un malentendido en relación con dos jóvenes socialistas a quienes se les había negado una beca de estudios en Yugoslavia, señalando que Corbalán expresaba una fuerte desazón por lo que percibía como una ayuda insuficiente de parte de Belgrado. Corbalán, subrayaba el informe, “considera que no tenemos claro cuál es su situación y cuáles son sus necesidades. En lo que concierne la formación de sus cuadros, deberá dirigirse a Cuba, así como también a ‘otros’”.⁶⁹ Las críticas de Corbalán eran especialmente sensibles para los yugoslavos en virtud de la cercanía en años anteriores, por lo que concluyeron que había que enmendar los errores en la relación con los chilenos. Para ello decidieron aumentar la ayuda material e invitar a Ampuero y Corbalán a visitar Yugoslavia una vez más para entablar nuevas discusiones con ellos,⁷⁰ algo que efectivamente se llevó a cabo en los años siguientes. Ampuero visitó Yugoslavia en dos ocasiones, una vez como parte de una delegación en la que iba acompañado por el comunista Víctor Contreras en 1963,⁷¹ y luego como asistente al VIII congreso de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia en 1964.⁷² Por su parte, Corbalán volvería a recorrer el país balcánico en 1965.⁷³ Todo ello ayudó a que las tensiones no se transformaran en abierta ruptura. También lo hizo el hecho de que entre 1961 y 1965 la Secretaría General del PSCh se mantuvo en manos de Raúl Ampuero, quien además, hasta 1962, siguió siendo director de la revista *Arauco*. Ello, probablemente, explique la importante presencia de contenidos referidos al país

balcánico en esta publicación, incluyendo testimonios de viajeros socialistas que daban cuenta de los progresos económicos y sociales de Yugoslavia.⁷⁴

A pesar de la admiración profesada por fracciones importantes del PSCh hacia Yugoslavia, el ascendiente de la experiencia cubana crecía al mismo tiempo a gran velocidad, marcando el camino del proceso de radicalización que el socialismo chileno viviría en los años 1960. Ya a inicios de esa década, antiguos militantes trotskistas del partido en alianza con algunos cuadros juveniles habían manifestado su desafección con la conducción partidaria, a la que acusaban de electoralismo y de no poner en la práctica la política de Frente de Trabajadores. Varios de sus adherentes fueron expulsados, pero aun así lograron articular una facción que llegó a ser conocida como la “oposición socialista de izquierda”.⁷⁵ El liderazgo de Raúl Ampuero logró contenerlos hasta las elecciones presidenciales de 1964, pero tras esa derrota electoral el PSCh aceleró su proceso de radicalización y el liderazgo de Ampuero fue desbancado por los sectores opositores. Las definiciones adoptadas por el Congreso de Linares de 1965 y, sobre todo, el Congreso de Chillán de 1967 apuntaron a validar retóricamente formas insurreccionales de acción política, a la vez que se adoptaba formalmente el leninismo, aun cuando se mantuviesen las prácticas electoralistas y parlamentarias de las décadas anteriores.⁷⁶

En ese escenario, quienes habían sido los principales interesados en nutrirse de la experiencia yugoslava abandonaron el Partido Socialista o perdieron poder en su interior. Waiss había sido expulsado en 1961 por la propia dirigencia de Ampuero, quien, a su vez, fue expulsado en 1967. Jobet, que públicamente había defendido posturas anticomunistas hasta inicios de los 1960, estaba en una incómoda situación en un partido que ahora era aliado del PCCh. Por lo demás, se encontraba contrariado ante la “leninización” y “guevarización” de fracciones significativas de su colectividad. Las propias publicaciones socialistas daban cuenta de estas transformaciones y de cómo el interés por Yugoslavia se había trasladado hacia Cuba, sobre todo a partir de diciembre del año 1962, cuando la revista *Arauco* pasó a ser dirigida por Hugo Zimmelman Merino. Después de la derrota electoral de la candidatura de Salvador Allende en 1964, las referencias a Yugoslavia se volvieron esporádicas. Una situación similar puede observarse en la editorial PLA, que durante la década de 1960 transitó desde la publicación y distribución de títulos referidos a la experiencia yugoslava de “democracia socialista” hacia textos cubanos y otros vinculados a la teoría de la dependencia.⁷⁷

El alejamiento de los socialistas chilenos y Yugoslavia estuvo acompañado de una creciente compenetración entre estos últimos y la Democracia Cristiana (DC) chilena, especialmente en sus sectores más reformistas. En esto parecen haber influido diversos factores. Por una parte, los vínculos con Chile pasaron

a ser primordialmente relaciones interestatales antes que interpartidarias, lo que favorecía a la DC, partido único de gobierno entre 1964 y 1970 bajo la presidencia de Eduardo Frei Montalva. Por otra parte, los sectores más izquierdizados al interior de la DC, muchos de los cuales pretendían abrir al partido a una alianza con el FRAP en base a posturas anticapitalistas de matriz comunitarista, veían en Yugoslavia un ejemplo a seguir. Radomiro Tomic—líder de esa ala partidaria y, además, descendiente de croatas—venía realizando estos planteamientos desde la década de 1950, profundizándose durante los 1960. De hecho, algunas investigaciones señalan que los yugoslavos habrían preferido la candidatura de Tomic por sobre la de Allende en 1970, sobre todo ante el temor de que una victoria de la Unidad Popular significase un triunfo de la línea política internacional soviética.⁷⁸ Los escasos documentos archivados en Belgrado durante los años de la Unidad Popular reflejan un notorio distanciamiento con sus socios históricos, los socialistas chilenos. Mientras los yugoslavos siguieron hablando en un lenguaje cercano a un tercermundismo desarrollista, las fracciones radicalizadas del PSCh—con el senador Carlos Altamirano a la cabeza—se hicieron del control del partido, asumiendo una línea rupturista y que en varias ocasiones fue crítica incluso del propio gobierno de Salvador Allende.

Conclusiones

Las relaciones tejidas entre la Yugoslavia de Tito y los socialistas chilenos durante los años 1950 y 1960 reflejan la diversidad de conexiones que actores de diferentes latitudes podían entablar por fuera—y a veces en directa oposición—del ámbito de acción de las superpotencias. Los socialistas chilenos habían cultivado desde sus orígenes una fuerte identidad antiimperialista que, a excepción de los años de la Segunda Guerra Mundial, se había traducido en una explícita oposición al rol de los Estados Unidos en América Latina. Al mismo tiempo, como parte fundamental de su esfuerzo de diferenciación del PCCh, habían sido duros críticos de los desvaríos totalitarios de la Unión Soviética. Por su parte, la Yugoslavia socialista, luego del quiebre con Moscú, protagonizó la emergencia del movimiento tercermundista, a lo que añadió desde principios de los años 1960 la dirección del Movimiento de Países No Alineados, en un esfuerzo por escapar de la bipolaridad impuesta por el orden de postguerra. Las necesidades recíprocas, el escenario político propicio después de 1948 y las importantes afinidades ideológicas entre chilenos y yugoslavos hicieron posible el cultivo y rápido fortalecimiento de estos vínculos, más allá de las distancias geográficas, idiomáticas y culturales. Para ambos, como señalamos, ésta era una relación productiva. Los socialistas de Chile podían fundar sus

orientaciones estratégicas y consolidar su identidad revolucionaria a la vez que no-comunista a través de la celebración de las innovaciones doctrinarias y organizacionales impulsadas por Belgrado. Para los yugoslavos, por su parte, el PSP/PSCh constituyó un aliado de primera importancia en sus intentos por expandir sus redes e influencias en América Latina, una zona del mundo que le había sido hasta ese momento esquiva.

El caso aquí estudiado, sin embargo, también da cuenta de las limitaciones que los cambiantes escenarios políticos de la Guerra Fría impusieron a este tipo de conexiones. Los años 1960 latinoamericanos fueron de polarización y radicalización política y social, en no poca medida a raíz del referente cubano y de las reacciones de adhesión y rechazo que éste provocó en la región. En ese contexto, los espacios para propuestas alternativas se fueron estrechando. Ello fue especialmente cierto al interior del socialismo chileno, en cuyas filas la adhesión a la retórica insurreccional del modelo guevarista ganó fuerzas a partir de la dura derrota electoral en las presidenciales de 1964. Más allá de que en fracciones importantes del socialismo chileno el modelo de autogestión yugoslavo siguiera teniendo adeptos—y queda por dilucidar sus influencias en las tesis y prácticas posteriores de “poder popular”—, la división bipolar de la política local se haría cada vez más fuerte, sobre todo a raíz de la victoria electoral de la Unidad Popular en 1970. Sin un quiebre absoluto entre socialistas chilenos y yugoslavos, las relaciones transitaron rápidamente de la amistad al desencuentro.

Notas

1. Para una narración general de ese momento político, véase Carlos Huneeus, *La guerra fría chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita* (Santiago: Random House Mondadori S.A., 2009).
2. Dennison I. Rusinow, *The Yugoslav Experiment 1948-1974* (Berkeley: University of California Press, 1978), *passim*.
3. Para el acercamiento a los Estados Unidos, ver Tvrtko Jakovina, *Američki komunistički saveznik: Hrvati, Titova Jugoslavija i Sjedinjene Američke Države, 1945-1955* (Zagreb: Profil International – Srednja Europa, 2003). Sobre el Movimiento de No Alineados, véase entre otros, Alvin Rubinstein, *Yugoslavia and the Nonaligned World* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1970) y Tvrtko Jakovina, *Treća Strana Hladnog Rata* (Zagreb: Fraktura, 2011).
4. CIA, “Yugoslav Foreign Trade in 1949-1950”, 25 de junio de 1952 y Agustin Cosovschi y Sara Bernard, “Cooperation, Migration and Development: Yugoslavia and the Southern Cone in the Postwar Period”, en Maria Damilakou y Yannis Papadopoulos (eds.), *Migration and Development in Southern Europe and Latin America* (Londres: Routledge, 2022).

5. Para un análisis más amplio de la política yugoslava en América Latina durante los años 1950, veáse Agustín Cosovschi, “Searching for Allies in America’s Backyard: Yugoslav Endeavors in Latin America in the Early Cold War”, *The International History Review*, 43:2 (2021), pp. 281-96.
6. Olga Ulianova, “Inserción internacional del socialismo chileno, 1933-1973”, en Olga Ulianova (ed.), *Redes políticas y militancias: la historia política está de vuelta* (Santiago: Universidad de Santiago de Chile, 2009), pp. 235-84; Joaquín Fernández Abara, “Nacionalismo y marxismo en el Partido Socialista Popular (1948-1957)”, *Izquierdas*, 34 (julio de 2017), pp. 26-49; Joaquín Fermanois, *La revolución inconclusa: La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2013), pp. 81-5; Pablo Garrido, *Clasistas, antiimperialistas y revolucionarios. Trayectoria política e intelectual del socialismo chileno contemporáneo, 1932-1973* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2021); y Eugenia Palieraki, “Broadening the Field of Perception and Struggle: Chilean Political Exiles in Algeria and Third World Cosmopolitanism”, *African Identities* 16:2 (2018), pp. 205-18, entre otros.
7. Véase especialmente Thomas C. Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà (eds.), *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020); Tanya Harmer, “The Cold War in Latin America”, en Artemy M. Kalinovsky y Craig Daigle (eds.), *The Routledge Handbook of the Cold War* (London y New York: Routledge, 2014); Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018); y Olga Ulianova, “Algunas reflexiones sobre la Guerra Fría desde el fin del mundo”, en Fernando Purcell Torretti y Alfredo Riquelme (eds.), *Ampliando miradas: Chile y su historia en un tiempo global* (Santiago de Chile: RIL Editores – Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012), pp. 235-59.
8. “Reanudación de relaciones con Yugoslavia”, *Ercilla* (Santiago), 19 de septiembre de 1950, p. 4.
9. Lenka Franulic, “El Mariscal Tito me dijo”, *Ercilla* (Santiago), 17 de junio de 1952, pp. 16-7.
10. “Cinco chilenos fueron obreros de Tito”, *Ercilla* (Santiago), 5 de diciembre de 1950, pp. 16-7.
11. Paul Drake, *Socialismo y populismo. Chile 1936-1973* (Valparaíso: Ediciones Universidad Católica de Valparaíso, 1992), pp. 115-64.
12. Sebastián Hernández Toledo, *La persistencia en el exilio. Redes político-intelectuales de los apristas en Chile (1922-1945)* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2021); Pablo Garrido, “Antimperialismo y Latinoamericanismo en el Partido Socialista de Chile, 1933-1967”, *Cuadernos de Historia*, 54 (2021), pp. 270-3.
13. Fabio Moraga Valle, “El asesinato de Héctor Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930”, *Universum* 24:2 (2009), pp. 114-38.
14. Drake, *Socialismo y populismo*, pp. 189-275.
15. *Ibid.*, p. 249.
16. Joaquín Fernández Abara, *El ibañismo (1937-1952). Un caso de populismo en la política chilena* (Santiago: Ediciones del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007), pp. 152-63; y Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Las Ediciones del Ornitorrinco, 1987), p. 22.
17. Julio Faúndez, *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973* (Santiago: Ediciones Bat, 1992), p.166.

18. Marcelo Casals, *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970* (Santiago: LOM Ediciones, 2010), capítulo 2.
19. “Rebelión contra el stalinismo detrás de la cortina de Hierro”, *La Calle* (Santiago), 28 de enero de 1950, p. 36.
20. “Šifrovano pismo”, 27 de agosto de 1951, Fondo 507, “Chile”, IX, 21 / III-1. Arhiv Jugoslavije, Belgrado (de ahora en adelante, AJ).
21. Vladimir Unkovski-Korica “The Yugoslav Communists’ Special Relationship with the British Labour Party 1950–1956”, *Cold War History*, 14:1 (2014), pp. 23-46; y Frank Georgi, “Un épisode méconnu de la Guerre froide. Les socialistes français à la découverte de la Yougoslavie autogestionnaire”, *Revue d’études comparatives Est-Ouest*, 1:1 (2019), pp. 81-113.
22. “Yugoslavia defiende su libertad frente al imperialismo soviético”, *La Calle* (Santiago), 28 de enero de 1950, pp. 109-10.
23. Julio Cesar Jobet, “Régimen socialista de Yugoslavia”, *La Calle* (Santiago), 3 de diciembre de 1953, p. 415.
24. “Živo pratimo iskustva Jugoslavije”, *Borba* (Belgrado), 1-3 enero de 1953.
25. Óscar Waiss, *Chile vivo: memorias de un socialista, 1928-1970* (Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende, 1986), p. 109.
26. “Blazevic dijo”, *Nuevos Rumbos* (Santiago), septiembre de 1954, p. 17.
27. Veljko Vlahovic, “Bases económicas de la Democracia Socialista en Yugooslavia”, *Nuevos Rumbos* (Santiago), diciembre de 1954, p. 19.
28. “Zabeleška sa sastanka Komisije za međunarodne veze SSRNJ na kome je drug Veljko Vlahović podneo izveštaj sa svog puta po Latinskoj Americi”, 1955, Fondo 507, “Chile”, IX, 21 / III-13, 1-4, AJ.
29. Peter Van Kemseke, *Towards an Era of Development. The Globalization of Socialism and Christian Democracy* (Leuven: Leuven University Press, 2006), p. 72.
30. Fernando Pedrosa, “La otra izquierda. Las estrategias de la socialdemocracia europea en América Latina 1951-1971”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, 2:2 (2011), p. 120.
31. Ibid, p.123.
32. Jimena Alonso, “La santa violencia de los de abajo. Socialistas de Chile y Uruguay entre el respeto a la legalidad y la vía armada (1956-1967)”, *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea*, 7:12 (2020), p. 172.
33. Ibid, p.189.
34. Óscar Waiss, *Amanecer en Belgrado* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1956).
35. Ibid, pp. 79-80.
36. Ibid, p. 80.
37. Radina Vučetić, *Koka-Kola Socijalizam: Amerikanizacija Jugoslovenske Popularne Kulture Šezdesetih Godina XX Veka* (Belgrade: Službeni glasnik, 2012); Igor Duda, *U potrazi za blagostanjem: o povijesti dokolice i potrošačkog društva u Hrvatskoj 1950-ih i 1960-ih* (Zagreb: Srednja Europa, 2005).
38. Ver Agustín Cosovschi, “A Voice for the Yugoslavs in Latin America: Oscar Waiss and the Yugoslav-Chilean Connection”, en Jeremy Adelman y Gyan Prakash (eds.), *Inventing the Third World: In Search of Freedom for the Postwar Global South* (Londres: Bloomsbury, 2022).

39. “Vice-presidente de Yugoslavia analiza los sucesos de Hungría”, *Boletín del Comité Ejecutivo PS*, 3 (Santiago), núm. 15 (febrero-marzo de 1957), p. 6 en Biblioteca Clodomiro Almeyda (www.socialismo-chileno.org) (de ahora en adelante, BCA).
40. “Exitosa gira de Tito”, *Nuevos Rumbos* (Santiago), abril de 1955, p. 21.
41. Boris Zihner, “El sentido nacional del socialismo”, *La Calle* (Santiago), 8 de octubre de 1953, p. 357.
42. Marcelo Casals y Mariana Perry, “De la democracia revolucionaria a la democracia posible. Trayectorias políticas y conceptuales de la democracia en la izquierda marxista chilena, c.1950-c.1990”, *Historia* 53:1 (2020), p. 18.
43. “Yugoslavia y Rusia frente a frente”, *La Calle* (Santiago), 29 de septiembre de 1951, p. 366.
44. Raúl Ampuero, “En Yugoslavia el socialismo no sacrifica la libertad de hoy por la del mañana”, *Boletín del Comité Central PSP* (Santiago), noviembre-diciembre de 1957, pp. 4-5, BCA.
45. “Carta de Humberto Maiztegui a Rodolfo Llopis”, Montevideo, 28 de octubre de 1957, p. 2, (mecnografiada) en Carpeta *Secretariado Latinoamericano*, Correspondencia, enero-mayo de 1957. Socialist International Archive, International Instituut voor Sociale Geschiedenis, Ámsterdam (de ahora en adelante, SIA-IISG).
46. “Carta de Julián Suárez a Humberto Maiztegui”, Santiago, 5 de diciembre de 1957, p. 1 (mecnografiada), en Carpeta *Secretariado Latinoamericano*. Carpeta *Secretariado Latinoamericano*, Correspondencia, enero-mayo de 1957, SIA-IISG.
47. Cristián Pérez, *Memorias militantes: Hernán del Canto, un hombre de Allende* (Santiago: Editorial Ventana Abierta, 2016), pp. 61-8.
48. “Carta de Julio Cesar Jobet a Humberto Maiztegui”, Santiago, 6 de febrero de 1959 (mecnografiada), en Carpeta *Secretariado Latinoamericano* 1959-I, p. 1, SIA-IISG.
49. E. Kardelj, “La Yugoslavia de hoy día”, *Nuevos Rumbos* (Santiago), diciembre de 1955, p. 18.
50. “El Socialismo en Yugoslavia”, *Nuevos Rumbos* (Santiago), marzo de 1957, pp. 20-22.
51. Alfonso Salgado y Joaquín Fernández, “El Partido Socialista y ‘Prensa Latinoamericana’: gestión económica y conflicto político en una editorial chilena (1954-1973)”, *Historia*, 54:1 (2021), pp. 307-9.
52. “Zabilješka“, 17 de julio de 1957, Fondo 507 “Chile”, IX, 21 / II-6 y AJ 507 “Chile”, IX, 21 / II-16, AJ.
53. Veljko Vlahovic, “Savremeni svijet i medjunarodni radnički pokret”, en *Sabrani radovi*, vol. 6 (Belgrado: Komunist, 1982), p. 105.
54. “Carta de Humberto Maiztegui a José Medina”, Montevideo, 22 de octubre de 1959, p. 1, en: Carpeta *Secretariado Latinoamericano* 1959-I. SIA-IISG.
55. Eugenio González, “Discurso de recepción al Mariscal Josiph Broz Tito”, en *Anales de la Universidad de Chile* 128 (Santiago), septiembre-diciembre 1963, p. 231.
56. Telegrama sin título, sin fecha, Fondo 507, “Chile”, IX, 21 / II-27, AJ.
57. La bibliografía sobre las relaciones entre Cuba y América Latina en los años 1960 es abundante. Dos síntesis muy bien logradas al respecto son: Luis Alberto Moniz Bandeira, *De Martí a Fidel: A Revolução Cubana e a América Latina* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1998); y Thomas C. Wright, *Latin America in the Era of the Cuban Revolution* (Westport, Conn.: Praeger, 2001).
58. “O kubanskoj revoluciji”, 21 de abril de 1960, Fondo 507, IX, 67/8, AJ; y “Stav Kube prema Jugoslaviji i vanblokovskoj politici”, Fondo 507, IX, 67 / 36, AJ.
59. “Carta de Humberto Maiztegui a Albert Carthy”, Montevideo, 18 de agosto de 1961, p. 1, en Carpeta *Secretariado Latinoamericano* 1956, 1962, 1970, SIA-IISG.

60. Ibid.
61. “Carta de Federico Klein y Salomón Corbalán a Veljko Vlahović”, 24 de agosto de 1961, Fondo 507, “Chile”, IX, 21 / II-89, AJ.
62. Cosovschi, “Searching for Allies in America’s Backyard”, pp. 281-96.
63. Ello fue especialmente evidente en la polémica epistolar entre las dirigencias del PSCh y el PCCh en 1962. Casals, *El alba de una revolución*, capítulo 3.
64. “Socialistička partija Čilea”, 1961, Fondo 507, IX, 21 / II-68, p. 4-5, AJ.
65. Humberto Maiztegui. “Informe de LAS. Aplazamiento de la IV Conferencia del Comité Consultivo y Situación del Secretariado”, Montevideo, 23 de octubre de 1959 (mecanografiado), p. 2, en Carpeta *Secretariado Latinoamericano* 1959-I, SIA-ISSG.
66. Ibid.
67. “Carta de Salvador Allende a Svetozar Vukmanović Tempo”, 30 de abril de 1962, Fondo 507, IX, 21 / II-119, AJ.
68. “Delegacija Čile”, 25 de abril de 1958, Fondo 507, “Chile”, IX, 21/II-16, AJ.
69. “Zabeleška u sastanku grupe drugova, koji su diskotovali o novim momentima u odnosima između Socijalističke partije Čilea i SSRNJ”, 13 de diciembre de 1962, Fondo 507, “Chile”, IX, 21 / II-126, AJ.
70. Ibid.
71. “Zabeleška u vezi boravka u našoj zemlji čileanskog senatora RAULA AMPUERA, generalnog sekretara Socijalističke partije i VICTORA CONTRERAS, člana CK KP Čilea”, Fondo 507, “Chile”, IX, 21 / I-20, AJ.
72. “Informacija: boravak u Jugoslaviji Raula Ampuera, generalnog sekretara socijalističke partije Čilea”, 24 de diciembre de 1964, Fondo 507, IX, 21 / II-146, AJ.
73. “Informacija o boravku Salomona Corbalana Gonzaleza, člana Političke komisije centralnog komiteta Socijalističke partije Čilea”, 27 de mayo de 1956, Fondo 507, IX, 21 / II-148, AJ.
74. “Cartas desde Yugoslavia”, *Arauco* (Santiago), junio de 1961, p. 46, BCA. Aún a mediados de los años 1960 era notorio cómo Ampuero evaluaba la situación cubana desde un prisma “yugoslavo”. En entrevistas con líderes cubanos—incluyendo al “Che” Guevara—insistió en comparar el modelo cubano con lo que conocía de las prácticas de autogestión yugoslava (algo que Guevara rechazaba con vehemencia, calificando a Yugoslavia como un régimen de “capitalismo de Estado”). “Carta N°25. Sin fecha, texto manuscrito [¿agosto 1964? Misión del Senador Raúl Ampuero, Secretario General del Partido Socialista de Chile]”, en Ricardo Pérez Haristoy, *Chile en los Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (1960-1974)* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2019), pp. 107-8.
75. Garrido, *Clasistas, antiimperialistas y revolucionarios*, p. 269.
76. Luis Ortega Martínez. “La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960”, *Universum* 23:2 (2008), pp. 152-64.
77. Salgado y Fernández, “El Partido Socialista y ‘Prensa Latinoamericana’”, pp. 310-2. El único lugar donde el modelo yugoslavo—principalmente la autogestión y la autonomía de las unidades territoriales y productivas—era aún defendido y promovido en la izquierda chilena fue la Unión Socialista Popular (USOPO), el pequeño partido que Ampuero y sus seguidores fundaron luego de su expulsión del PSCh. Véase, entre otros, Unión Socialista Popular, *Programa político* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1968), p. 28, BCA.

78. Sebastián Hurtado-Torres, “The Chilean Moment in the Global Cold War: International Reactions to Salvador Allende’s Victory in the Presidential Election of 1970”, *Journal of Cold War Studies* 21:3 (2019), p. 41.